

YHWH es mi salvación

Lectura de Colosenses 1:13-23 con comentarios del versículo 15 Parte 3

La lectura constante de la Palabra, acompañada de exhortación y enseñanza, es un mandato esencial para la iglesia mientras esperamos el retorno de nuestro Señor. Al profundizar en el capítulo 1 de la epístola a los Colosenses, encontramos una revelación profunda sobre la persona y la obra de Jesucristo. Específicamente, el versículo 15 nos declara una verdad inquebrantable: *"Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación"*.

A través de esta premisa, podemos comprender no solo la naturaleza de Cristo, sino también la perfección del gobierno que Dios ha establecido para nosotros.

Haciendo Visible lo Invisible

La Biblia nos enseña que Dios es espíritu y, por lo tanto, pertenece a una dimensión invisible que no podemos percibir con nuestra vista humana. Como seres materiales, los hombres a menudo enfrentamos un déficit de entendimiento frente a las realidades espirituales; necesitamos palpar y ver para comprender a plenitud. Es por esta razón que Jesús, durante su ministerio terrenal, enseñaba a través de parábolas, utilizando ejemplos cotidianos—como un sembrador esparciendo semilla—para explicar cómo operan los misterios celestiales en el corazón humano.

De esta misma forma, Jesús se manifestó en carne para convertirse en el reflejo exacto y visible de quién es Dios Padre. Históricamente, el hombre ha tenido una imagen distorsionada de Dios, llegando a pensar que el Dios del Antiguo Testamento es diferente al del Nuevo Testamento. Sin embargo, en Él no hay sombra de variación; es el mismo que era, es y ha de venir. Jesucristo aprendió del Padre con la dedicación de un discípulo hacia su maestro, alcanzando la misma medida y manifestación, de

modo que, al ver las obras y el carácter del Hijo, estamos contemplando la realidad del Padre.

El Reino y la Sucesión del Rey

A menudo nos referimos a Dios como Padre o Señor, pero es fundamental recordar que Él también es un Rey supremo. La existencia de un reino implica necesariamente el dominio y el control absoluto de un rey. Si entendemos que el Dios invisible es el Rey, entonces Jesucristo, siendo la imagen de Dios, es la representación perfecta de ese mismo reinado y de la manera en que Dios gobierna.

El apóstol Pablo nos dice que el Padre nos libró de las tinieblas y "*nos trasladó al reino de su Hijo amado*". Que el reino haya sido confiado al Hijo tiene un profundo sentido de sucesión y confianza. Al igual que en las monarquías terrenales el primogénito es preparado para heredar el trono adoptando el pensamiento, el amor y la forma de gobernar de su padre, Jesús fue designado porque reina exactamente como lo haría el Padre.

Estar bajo el gobierno del Hijo no es estar bajo un líder humano defectuoso o un delegado que administra mal; es una excelencia de reino absoluto donde el mismo Dios nos gobierna.

El Rechazo Humano y la Mentalidad de Niño

A pesar de los inmensos beneficios de este gobierno divino, la humanidad ha mostrado una tendencia constante a rechazar a Dios como Rey. El pasaje de 1 Samuel 8 ilustra esto de manera contundente: el pueblo de Israel se presentó ante el profeta Samuel para exigir un rey humano, argumentando que querían ser "*como todas las naciones*". En realidad, no estaban rechazando a Samuel, sino que estaban desechando el reinado directo de Dios sobre ellos.

Este rechazo ocurre porque el hombre a menudo huye de las responsabilidades y de la santidad que demanda someterse al gobierno espiritual. Dios advirtió al pueblo sobre los abusos que un rey humano cometería, pero ante su insistencia, les concedió a Saúl

para que experimentaran de primera mano las amargas consecuencias de su mala decisión.

A veces, nuestra actitud frente a las leyes de Dios refleja una "mentalidad de niño". Un niño se frustra cuando sus padres le prohíben comer dulces en exceso o salir tarde por la noche, sin entender que esas medidas buscan protegerlo. De igual manera, nosotros cuestionamos las restricciones divinas—como el mandato de no adorar a otros dioses—creyendo erróneamente que Dios es egoísta. No comprendemos que los ídolos buscan someternos sin amor, mientras que el "celo" de Dios es el cuidado protector de alguien que nos ama y nos guarda del peligro.

La Restauración del Gobierno Perfecto

Dios, en su inmensa misericordia, trazó un plan para recuperar la relación y el reinado que el hombre había despreciado. Primero, estableció a David, un hombre conforme a su corazón, quien sirvió como un prototipo o sombra de lo que sería un rey piadoso, devolviendo temporalmente la gloria a Israel. Sin embargo, David era humano; cometió graves pecados que trajeron plagas y rebeliones, demostrando que ningún hombre, por noble que sea, posee la plenitud de la imagen de Dios.

Sabiendo que los hombres fallarían, Dios fundamentó su obra en promesas inquebrantables hechas a siervos como Abraham, Moisés y David, sosteniendo al pueblo por amor a esos pactos en lugar de destruirlo por su maldad. Dios prometió levantar de la simiente de David a un "*renuevo justo*" (Jeremías 23:5-6) y a un "*Príncipe de Paz*" (Isaías 9:6-7) que gobernaría eternamente con verdadera justicia. Este gobernante no sería otro que Jesucristo, el Dios poderoso.

Un Motivo de Profunda Gratitud

El plan de Dios nunca fue dejarnos a la intemperie bajo liderazgos fallidos. Por el contrario, ha puesto su confianza absoluta en su Hijo Jesucristo para que nos gobierne y nos apaciente, porque Cristo es un Rey que también ejerce como el Buen Pastor. Él nos sana, calma nuestras angustias y trae paz, cumpliendo de forma integral las funciones del reinado divino.

Pablo conecta estas ideas magistralmente: fuimos librados del dominio de las tinieblas y fuimos trasladados al reino del Hijo amado, quien posee nuestra redención y es la imagen visible de Dios. Esta es nuestra nueva alianza. Por lo tanto, nuestra actitud principal no debe ser la queja o la crítica, sino un corazón lleno de gratitud y obediencia hacia Aquel que ha decidido, con amor supremo, reinar sobre nuestras vidas.